

AUTORES Y CRITICOS

LAS MEMORIAS DE UN ARTESANO DEL LIBRO (*)

Los libreros y editores han sido muy dados, en todos los tiempos, a evocar sus recuerdos e impresiones bajo la forma de memorias y autobiografías. Esta simpática costumbre tiene una antiquísima tradición y cultivadores ilustres. En efecto, ya en la Italia del Renacimiento, nos recuerda Monnier en El "cuatrocento", el florentino Vespasiano de Bisticci (1421-1498), considerado como el primer librero de su siglo, nos dejó un delicioso testimonio que nos muestra con la fidelidad de lo visto la bella imagen de la época y de muchos de sus contemporáneos.

Aproximándonos a nuestra historia de hoy, recordamos a otros destacados exponentes del gremio: G. Barbera, que nos legó un libro muy leído, "Memorie de un editore"; Antonio Palau y Dulcet, ilustre bibliógrafo y librero español, autor de un volumen nutrido de "Memorias", Barcelona, 1935; Benito Hortelano, emigrado de la madre patria a Buenos Aires en las postrimerías de la dictadura rosista, cuyas vicisitudes de hombre de imprentas y de libros nos narró, también, en unas celebradas "Memorias" que vieron la luz muchos años después de su muerte, en 1936, y, recientemente, vio la luz una obra análoga del famoso "publisher" inglés, Stanley Unwin, "La verdad acerca de un editor", traducida al español por segunda vez bajo el sello de Aguilar.

(*) "Una experiencia editorial", por Manuel Aguilar Muñoz. Madrid, Aguilar, 1964. 307 p. ilustr. con ocho fotografías fuera de texto.

Tal vez sin quererlo, movido por esta señera advocación, don Manuel Aguilar Muñoz, benemérito paladín hispano de la artesanía del libro, acaba de ofrecernos, con el título de “Una experiencia editorial”, las páginas que forman el relato de su gran aventura al servicio de la civilización escrita, es decir de la ciencia y de las letras.

Hay en este libro, de estilo diáfano y ameno, dos partes bien diferenciadas: la primera contiene las peripecias de su vida, rica en anécdotas y mutaciones de destino; la segunda parte, fiel a la leyenda de la obra que comentamos, tiene carácter más profesional, y está consagrada a una serie de reflexiones acerca de las actividades propias del editor y del librero.

Ser editor era su vocación, pero ésta no puede ser desligada del hombre. De ahí, que, necesariamente, Manuel Aguilar deba empezar por referirse al ente humano, pues el medio y las condiciones de la niñez influyen para siempre en el rumbo ulterior de la persona.

Es indudable, por lo demás, que la azarosa vida del protagonista —fértil en incidentes y contratiempos— fue escuela de aprendizaje y guía fecunda que tonificó su espíritu de lucha y le enseñó a sobrellevar los reveses cotidianos de su dura existencia. A los diez años, buhonero trashumante de telas, a los doce, cadete de la Editorial Sempere de Valencia, donde, en su condición de “chico para todo”, se familiarizaría tempranamente con todas las tareas del proceso de fabricación del libro; luego, maestro de primeras letras, carrera que cursa por exigencia paterna; más tarde, vendedor callejero de diarios en Barcelona; pasante escolar, periodista de “La Publicidad”, diario de la ciudad condal, exilado errabundo en Liverpool y Londres, profesor de español en la academia Berlitz, traductor y corrector de pruebas en la editorial Luis Michaud, de París; organizador de un consorcio de ventas de varias librerías francesas en Buenos Aires y poco más tarde representante en esta capital y en España de la Agencia General de Librería y Publicaciones, don Manuel Aguilar recorrió, en poco menos de un decenio, todas las etapas que conducen al fascinante y com-

plejo mundo del libro como mercancía y vehículo cultural. Le faltaría aún en 1913 —término de este primer jalón de su accidentada vida de trabajo— una década más para convertirse en hombre de empresa, en editor cabal. Tuvo fe en su voluntad, en sus proyectos, y un día del año 1923, estando en Madrid, decidió emanciparse del yugo patronal y renunció voluntaria y definitivamente a las funciones que ejercía en representación de la poderosa casa Hachette. Su experiencia en la ciudad luz había madurado admirablemente. Recordemos que a principios de siglo, el mundo hispanoamericano, especialmente la Argentina, tenía su meridiano intelectual en París. Era de buen tono, por entonces, que nuestros escritores buscaran su espaldarazo con la edición de sus obras en los grandes centros de producción: Garnier, Bouret, Ollendorff, Michaud, quienes proveían abundantemente de libros al continente y gozaban de vasta popularidad. Precisamente, como antes dijimos, uno de ellos —Michaud— había sido para Aguilar algo así como la piedra de toque para decidir su destino.

Allí encontró para forjar su personalidad profesional, el incentivo de la mujer que habría de ser la compañera y colaboradora de toda la vida, la buena y segura estrella en sus triunfos comerciales. A ella, en páginas de conmovida gratitud, tributa el obrero, a lo largo de su libro, el férvido homenaje de su amor y reconocimiento.

Y así, con la base de escasísimos ahorros y fiándose en el crédito generoso de su amigo don Juan Pueyo, en cuyos talleres se imprimirían los primeros volúmenes de la flamante editorial, se lanzó firme y seguro, al universo de las letras, publicando la trilogía "La muerte y su misterio", de Camilo Flammarion, uno de los divulgadores científicos más amenos que ha producido Francia. Los nueve mil ejemplares de esa obrita afortunada inundaron los escaparates de las librerías de España y América y fueron el acta bautismal de una modesta empresa que, con el correr de los años, se transformaría en el emporio activo y opulento que hoy conocemos. En aquellas portadas estaba ya el escudete famoso con las palabras proféticas

—*Tolle, Lege*— que iluminaron el espíritu de San Agustín y que, desde ahora, también empezarían a derramar su luz bienhechora por la nueva senda feliz de un conquistador más del imperio de la cultura.

El autor divide su obra editorial en tres períodos cronológicos: el primero abarca aproximadamente desde 1923 hasta 1930; el segundo, hasta 1936, y el tercero, desde 1939 hasta el día en que escribe sus memorias, 1963.

Dolorosas en extremo son las páginas en que Manuel Aguilar cuenta las zozobras de su empresa durante los años de la guerra civil española". Mi obra —dice amargamente— tan laboriosamente levantada, se vino al suelo, como la de otros millares y millares de españoles". En efecto, su prosperidad se derrumba y el potentado editor de la víspera se convierte en librero empobrecido. Pero esa terrible tragedia que pulverizó sus talleres y almacenes de libros, tuvo para el luchador perseverante algo de milagro y, al igual que el ave Fénix, resurgió al poco tiempo de las ruinas con mayor empuje y poderío. Hoy, en el crepúsculo de su existencia, don Manuel Aguilar, valora debidamente la significación e importancia de su empresa. Sabe también que la misma excede el ámbito estrecho de una creación meramente comercial y le preocupa la pervivencia de su editora. No tiene herederos de sangre, pero le obsesiona la idea de que su impulso creador no se interrumpa en el tiempo y aspira a formar la gran familia de colaboradores que continúe y afiance su obra.

La segunda parte del libro —de especial interés para autores y editores— es una suerte de breviario del oficio que contiene una serie de reflexiones útiles, todas ellas sazonadas por una jugosa experiencia de más de cincuenta años por imprentas y librerías.

En el verdadero editor coexiste siempre una difícil dualidad: hombre de cultura y hombre de empresa, esto es, mitad espíritu y mitad interés material. Por ello decía un bibliógrafo francés que la profesión de editor, por las múltiples respon-

sabilidades que su ejercicio comporta, es, tal vez, la más compleja y ardua de las profesiones actuales.

Don Manuel Aguilar sintetiza armoniosamente en su persona esas excelsas calidades que configuran la imagen del auténtico artesano del libro: técnica avezada, innata psicología para conocer los gustos del público por la lectura, sagacidad comercial, espíritu generoso para estimular vocaciones intelectuales, sensibilidad artística, comprensión humana, en una palabra.

Su libro y su larga y abnegada faena editorial constituyen una hazaña edificante demostrativa de lo que puede una vocación al servicio de la cultura.

DOMINGO BUONOCORE

LIBROS NUEVOS SOBRE LA VIEJA “INSTITUCION” (*)

Est defunctus... et loquitur, pudiera repetirse ⁽¹⁾ muy bien del krausismo. Lo testimonia la larga serie de estudios —artículos, ensayos y libros completos— que se le vienen consagrando en los últimos tiempos, como sistema y escuela de Filosofía y, principalmente, en sus proyecciones y consecuencias, tan variadas y tan ricas, en los más diversos órdenes de la vida cultural; y si bien, por razones evidentes, este interés se manifiesta más vivo entre los españoles del exilio y en sus publicaciones en Hispanoamérica, acaso sean aún más significativos al respecto los trabajos que se le dedican en el interior de España ⁽²⁾. Con lo cual no aludimos —claro es— a las publicaciones específicas y los pasajes aislados u ocasionales que sobre él se escribieron hace cosa de dos decenios o poco después, inspirados únicamente por el fanatismo, la incompreensión y el odio y llenos, por tanto, de desprecio, ignorancia y suficiencia; sino a las investigaciones de otro tipo, más noble, desinteresado y ecuánime, que han empezado a apuntar en los últimos años.

(*) CACHO VIIU, Vicente, *La Institución Libre de Enseñanza*. I. Orígenes y etapa universitaria (1.860-1.881). Prólogo de Florentino Pérez-Embid. Madrid, Ediciones Rialp, S. A. (Colección de Cuestiones Fundamentales, 7), 1.962. 573 págs. y 38 ilustraciones.

(1) Con esta frase concluye Don Mario Méndez Bejarano el párrafo IX (*Los krausistas*) del capítulo XVII de su obra *Historia de la Filosofía en España hasta el siglo XX. Ensayo*, Madrid, Renacimiento, s. f., págs. 466-80. Sobre el krausismo, vide también, en el propio libro, págs. 390-6, pertenecientes al párrafo primero del mismo capítulo.

(2) Sin contar, naturalmente, los especialistas de otros países e idiomas sobre el tema.

En tal sentido y en el término justo de tres años han sido leídas y aprobadas, en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid, dos tesis doctorales: una, el 13 de Junio de 1.958, por Eloy Terrón Abad ⁽³⁾, y otra, exactamente un trienio después —el 13 de Junio de 1.961—, por el autor del libro que comentamos ⁽⁴⁾, profesor —dato muy de tener en cuenta— en la Facultad de Filosofía y Letras del Estudio General de Navarra.

En una redacción más completa, esta última constituye el volumen que tenemos delante, formando el tomo I de una obra que promete ser más amplia, sobre *La Institución Libre de Enseñanza*. Tal libro, cuando se logre —parece ⁽⁵⁾ que su autor tiene ya recogida la mayoría de los datos necesarios para ello—, será “una historia íntegra” ⁽⁶⁾ de la Institución; no sabemos si como la añorara, lamentándose de que no existiera, Lorenzo Luzuriaga ⁽⁷⁾.

Por el momento, se ha limitado a “redactar... detalladamente los capítulos relativos a sus orígenes y primeros años de actividad” ⁽⁸⁾. En cuanto a los primeros, se remonta al nacimiento, en el mismo año de 1.814, y “la mocedad eclesiástica de dos castellanos” ⁽⁹⁾, Julián Sanz del Río y Fernando de Castro, y a la traslación de la vieja *Universitas Complutensis* a Madrid, justamente por los días en que el primero

⁽²⁾ *La filosofía krausista en España. (Condiciones sociales que determinaron su importación, difusión y arraigo)*. Cfr., sobre ella, *Revista de la Universidad de Madrid*, Madrid, 1.958, Volumen VII, Núm. 28, *Noticia de las tesis doctorales leídas en el curso 1.957-1.958*, págs. 498-9. Es interesante reparar en el enfoque y trascendencia social del tema que preocupa al autor.

⁽⁴⁾ *Orígenes y etapa universitaria de la Institución Libre de Enseñanza (1.860-1.881)*. Cfr., sobre ella, *Revista cit.*, Madrid, 1.961, Volumen X, Núm. 40, *Noticia de las tesis doctorales leídas en el curso 1.960-61*, págs. 874-6.

⁽⁵⁾ Cfr. volumen que estamos comentando, pág. 11, en la *Advertencia preliminar*.

⁽⁶⁾ *Ibidem*.

⁽⁷⁾ *La Institución Libre de Enseñanza y la Educación en España*. Departamento Editorial de la Universidad de Buenos Aires, 1.957. Pág. 53.

⁽⁸⁾ CACHO VII, *loc. cit.*

⁽⁹⁾ Como dice el autor, pág. 23.

llegaba a la Capital de España. Después, puede decirse que por la mayor parte de los capítulos el volumen es una biografía de ambos pensadores entrelazada —como verdaderamente lo estuvieron en la realidad— con la de la Universidad española de aquella época, singularmente —es claro— la de Madrid, convertida en *Central* en 1.850 ⁽¹⁰⁾ hasta la consagración de la libertad de enseñanza por la legislación revolucionaria de 1.868, aunque todavía hoy se la continúe llamado así.

Basándose en textos de Alberto Jiménez y de Giner, muy conocido el de este último, llama a 1.860 “año cero de la escuela krausista” ⁽¹¹⁾, y, después de un somero análisis del *Ideal de la Humanidad para la vida* ⁽¹²⁾, traza la *Génesis de una generación revolucionaria (1860-1.864)* ⁽¹³⁾, ocupándose de la labor universitaria y las dos primeras “hornadas” —sería inexacto hablar de “generaciones” y el propio Cacho Viu emplea aquella palabra— de discípulos de Don Julián, de la segunda de las cuales saldrán, con el tiempo, los fundadores de la Institución. En el estudio de esta génesis no podía faltar la referencia al célebre Círculo Filosófico de la calle de Cañizares ni el perfil de los otros movimientos y entidades —la escuela economista, librecambista; el partido demócrata; la Sociedad Abolicionista; la Academia de Legislación y Jurisprudencia; el Ateneo de Madrid— que, juntamente con el krausismo, abrieron nuevas vías ideológicas o sirvieron de catalizador de igual índole a la juventud española de aquella hora. Pero lo más interesante aquí, acaso sea subrayar cómo destaca el autor que ya por aquellos años, es decir, desde el comienzo de la enseñanza universitaria de Sanz del Río, el krausismo espa-

⁽¹⁰⁾ Año en que se le da el título; de hecho lo era desde la reforma de la enseñanza por R. D. de 17 de Septiembre de 1.845.

⁽¹¹⁾ Volumen que estamos comentando, pág. 72.

⁽¹²⁾ A través, sólo, del cual puede tomar contacto el lector, en la obra, con el sistema filosófico krausista; contacto, a todas luces, muy superficial e insuficiente para hacerse con un conocimiento serio del mismo.

⁽¹³⁾ Págs. 96-120.

ñol era, más que una corriente estrictamente filosófica, “una actitud intelectual, o, mejor, humana integral” (14).

Mas en lo que, sin duda, el trabajo de Cacho Viu responde a una investigación más original, profunda e importante y donde se centra su interés es en el estudio —pormenorizado, acabado, objetivo— de las llamadas “cuestiones universitarias”, de que fueron protagonistas el Ministro Orovio y los krausistas en 1.866 - 8 y en 1.875; no sin recordar y estudiar también —rasgo muy de tener en cuenta y de agradecer, por lo que comúnmente se la pretiere y por lo que revela de la grandeza de alma de los krausistas, tantas veces negada por escritores, pensadores y políticos pertenecientes a las mismas corrientes del autor— la nobilísima actitud de aquéllos —de los krausistas— ante las dificultades de los profesores borbonizantes y católicos a ultranza con el Gobierno provisional de 1.870.

La primera “cuestión universitaria” dio lugar a la fundación, por Salmerón, del Colegio Internacional, antecedente que fue —aunque poco conocido— de la Institución, la cual sabido es que debió su vida a la segunda “cuestión universitaria” y podríamos decir que fue su más duradera y fecunda consecuencia (15).

Para llegar propiamente a ella, Cacho Viu estudia, con acierto, la efervescencia de los años revolucionarios, la complicación del hasta entonces harto simplista panorama filosófico español con la aparición del positivismo y el neokantismo, las polémicas de la época, la evolución política y de la legislación de enseñanza y, sobre todo, la figura prócer de Don Francisco Giner.

(14) *Ibidem*, pág. 102. Cacho cita, aquí, a Jobit, López Morillas y Fidedino de Figüeroa; mas antes, al mismo respecto, también la tesis de Terrón, cit. supra, texto y nota 3. Sin embargo, sobre este punto, podrían multiplicarse las citas y referencias.

(15) Antecedente más próximo y fruto también de la segunda “cuestión universitaria” fue la “Academia de Estudios Superiores”, creada por Giner en 1.875 y de tan efímera vida, que “apenas si se ha conservado noticia de” ella, pareciendo que es Cacho Viu el único que se refiere a la misma o la menciona. Sobre el particular, cfr. págs. 393-4.

Muy a fondo traza y conoce esta personalidad singularísima, su modo de ser, de obrar, de expresarse ⁽¹⁶⁾. De ello se sirve para conjeturar, con lógica, su intervención, por ejemplo, en la “Memoria testamentaria” de Fernando de Castro y en la *Mínuta de un testamento* de Gumersindo de Azcárate. Uno de los argumentos que utiliza para razonar su opinión de tal intervención en la “Memoria” de Castro, es “un elogio de la raza sajona, que parece literalmente arrancado de un escrito de Giner” ⁽¹⁷⁾, pues a las relaciones de éste y otros destacados krausistas con gentes inglesas y el impacto que éstas hubieron de producir en aquéllos dedica varias páginas. Quizá empezara a fermentar así “el carácter liberal, humanista de la educación inglesa, . . . que realza el aspecto humano, tolerante y vital en la actividad educativa” y que, junto con “la filosofía idealista alemana, . . . que acentúa el carácter integral y armónico de la vida y de la educación espiritual” y “el sentido ético de la mejor tradición filosófica española, representada sobre todo por el estoicismo senequista y que se manifiesta en el rigor y la austeridad en la conducta”, señala Luzuriaga ⁽¹⁸⁾ como uno de los principios básicos sobre que descansan las ideas y los métodos educativos de la Institución.

Tan larga y acuciosa investigación de sus orígenes ha de sustentar en el segundo tomo —es de esperar— un muy amplio y minucioso desarrollo de su historia y proyecciones externas y de su vida íntima. En el presente, la verdad es que a la Institución propiamente dicha dedica muy pocas páginas y que no se ocupa más que del primer lustro de su existencia; lustro de iniciación, crisis y tanteos, en que se perfila, pero no se logra aún lo que realmente va a ser. “La Institución entraba ahora, con renovado empuje, en una nueva etapa de su vida”, concluye sus páginas Cacho Viu ⁽¹⁹⁾.

⁽¹⁶⁾ Cfr., al respecto, por ejemplo, pág. 362, nota 6.

⁽¹⁷⁾ Volumen que estamos comentando, pág. 280.

⁽¹⁸⁾ *Op. cit.*, págs. 139-40.

⁽¹⁹⁾ Volumen que estamos comentando, pág. 534.

Las ha escrito con muy sólida documentación, gran objetividad y notable ponderación y les añade una amplísima y muy útil *Bibliografía* (20), en la que —como siempre en tales casos— no dejan de advertirse algunas lamentables omisiones.

Ese afán de objetividad y esa ponderación en sus juicios hacen difícil captar el pensamiento del autor respecto a los hechos, figuras e instituciones a que se va refiriendo a lo largo de su magnífico estudio. Sin embargo, leyéndolo atentamente, no es imposible. Al tratar, por ejemplo, la segunda “cuestión universitaria”, en seguida se percibe su disconformidad con la fundamentación de la actuación de Orovio y los moderados, que “se planteaba en términos de puro Derecho constitucional”, “pecando de una cierta timidez e imprecisión” en cuanto a los principios, planteando “la cuestión en términos débiles y equívocos”, “jacobinismo de derechas” que “se apoyaba tan sólo en el tan traído y llevado derecho de las mayorías” (21). O sea: que la debilidad de la posición reaccionaria estaba, simplemente, en su base legalista y democrática —aún cuando no fuera más que aparente—, en no aferrarse y combatir sobre la verdad intrínseca de las doctrinas, incompatibles con el error y sus consecuencias. Téngase presente que, aunque no nos lo manifieste abiertamente, con claridad nos indica el prologuista la pertenencia de él y del autor de este libro a lo que provisionalmente y con imprecisión —son sus palabras— designa *catolicismo universalista*, una de las tres corrientes o tendencias principales y la más joven en su aparición en que —a su juicio— se reparte el panorama cultural de la España del interior en la postguerra, corriente que se caracteriza —siempre según Pérez-Embid— por “la superación del nacionalismo y la fidelidad a la raíz católica, vivida con voluntad de creación” (22). A diferencia de las otras dos corrientes, la *tradicionalista*, obturada mentalmente a los problemas del pensamiento y la vida moder-

(20) *Ibidem*, págs. 535-52.

(21) *Ibidem*, págs. 284-5.

(22) *Ibidem*, págs. 8-9.

na, y la del *progresismo cristiano*, que se deslíe en marxismo, la suya supone “una profundización más enérgica en lo permanentemente vivo de la ortodoxia católica” (23) como sustento para abrirse a las transformaciones actuales “de las estructuras sociales y de las formas de vida” (24). Enunciados que, por vagos que sean, perfectamente nos permiten reconocer tal posición intelectual como un último intento de mantener intégerrimas a la altura de nuestros días una ortodoxia ideológica y una situación de dominio social modificando apenas las formas más superficiales o circunstanciales; e identificarla con el grupo social que marca el tono de la vida pública española al cuarto de siglo de nuestra última contienda. Se comprende, así, cuán lejos tiene que estar el pensamiento del autor, no sólo del temple de los krausistas, sino hasta de la actitud de Orovio, que *velis nolis* se movía en un mundo nacido de algún modo al calor del constitucionalismo y el liberalismo.

Por otra parte, el mismo prologuista nos señala cómo aparece este libro cabalmente cuando, después de un siglo, se cierra el ciclo de centralización y estatización en la enseñanza abierto en 1.845, iniciándose con ello otro de plena libertad para las universidades fundadas en España por la Iglesia católica (25). Dato que es interesante para comprender la preocupación del autor por puntualizar los cambios de orientación del pensamiento de los krausistas tocante a la cuestión de la enseñanza libre u oficial y a las metas de la Institución según las variaciones políticas, así como por resaltar el papel de inspiración y guía de la vida intelectual y pública que desempeñaron Giner y la Institución.

Pero tampoco se escapa a Pérez-Embid, que exactamente cuando ese ciclo se inicia —o se afirma, diríamos nosotros—, no ha de tardar en saberse qué nuevas actividades intelectuales y actitudes ideológicas, por completo distintas y hasta contrapues-

(23) *Ibidem*, pág. 8.

(24) *Ibidem*.

(25) *Ibidem*, pág. 9.

tas a las que han quedado dentro del Estado nacido en 1.939, se están gestando entre los españoles del interior y del exilio y han de alumbrar y constituir el próximo y ya inminente panorama cultural de España (26).

Independientemente de todo ésto, reiteradas quedan la profusa documentación y nutrida erudición de Cacho Viu. No tiene nada de extraño, pues, que, sobre todo en los momentos salientes de su trabajo —ya se ha indicado como tales los atañentes a los conflictos de Orovio con los claustros universitarios—, haya tenido que rectificar buen número de aseveraciones equivocadas: así, de Trend, Manrique, Luzuriaga, Jobit, López Morillas, Marías, Guillermo de Torre y Hugh Thomas, en relación con el primero de dichos conflictos, y a otro respecto, de Cossío (27).

Consignado está, también, el corto espacio que dedica el autor, en este volumen, a la vida de la Institución propiamente dicha. Habrá, por éso, que aguardar el segundo para que nos dé su estudio del verdadero significado, labor y herencia de la misma. Entre tanto, es, en este sentido, incomparablemente preciosa la obra de Luzuriaga, si indudablemente de menos alcances y menos erudita, mucho más vívida y prieta de carnosa realidad. Como que el autor *vivió* en y al lado de la Institución, y ésa es la fuente primordial de su libro.

Muy bien se apercibe en él —en el de Luzuriaga—, junto al rigor mental y la elevación moral que animó a la Institución y que ella proyectó, su aristocratismo intelectual, su alejamiento de los problemas sociales, su fe exclusiva en la educación como medio de transformación social, su preocupación dominante por crear minoritarios grupos selectos que rigieran la vida

(26) *Ibidem*, págs. 7-8.

(27) *Ibidem*, pág. 182, nota 146, que se continúa hasta la pág. 184, y pág. 249, nota 89. En esta última, no menciona a Luzuriaga, que, en op. cit., pág. 105, se expresa en términos análogos a los de Cossío, pero pudiera haberle rectificado igualmente. Por lo demás, sabido es que Luzuriaga se basó principalmente, para escribir su obra, en los datos que le proporciona Cossío (cfr. lo que dice en la pág. 9, en su *Introducción*, y téngase presente el tenor general de las citas).

comunitaria ⁽²⁸⁾: rasgos, todos, típicos de todos los “iluminismos”, de todos los movimientos “ilustrados”.

Pero sabida es la ineficacia de tales movimientos, a despecho de todos sus sinceros deseos, para realizar transformaciones radicales, en cuyas vísperas y precisamente dándose cuenta de ellas con su privilegiada mentalidad y hasta dibujándolas idealmente, nacen. Conocida es la inoperancia de todas las vías medias; indubitada, la insuficiencia del conocimiento y la razón para mutar de raíz estructuras e intereses sociales.

Inevitablemente se viene aquí a las mientes aquel discurso que pronunció Robespierre ante la Convención el 18 de Floreal del año II, enjuiciando —con su propia exageración personal a más de la natural desmesura revolucionaria— a los enciclopedistas ⁽²⁹⁾.

Indudablemente y con independencia de sus aspiraciones y hasta de sus luchas, unos y otros —los propiamente “ilustrados” y los ilustrados miembros de la Institución española, cada uno de estos grupos en su medio y a buen seguro que en diferente medida— quedaron en sus realizaciones “por debajo de los derechos del pueblo”.

Por lo cual, no puede sorprender que, tras los unos y superándolos, viniera la Revolución, ni que las situaciones políticas que al fin, trabajosa y meritoriamente, lograron alumbrar los otros no resolvieran en grado eficiente las perentorias necesidades españolas ni consiguieran una adhesión rumorosa y multitudinaria, que, en verdad, ellos mismos despreciaban y tornaban imposible.

Estas consideraciones aparte, hay para felicitarse por la aparición de una obra como la que ha motivado estas páginas,

⁽²⁸⁾ Este trazo último de la Institución pudiera, tal vez, avenirse muy bien con el papel rector que se atribuye actualmente en España el grupo ideológico que Pérez-Embid denomina *catolicismo universalista*, y contribuir así a explicar su interés —demostrado en el libro que comentamos— por el krausismo y su fruto en España más granado: la Institución.

⁽²⁹⁾ PAUL HAZARD, *El pensamiento europeo en el siglo XVIII*. Traducción de Julián Marias. Madrid, Guadarrama, 1.958. Cfr. págs. 339, nota, y 413.

que enfoca con serenidad y elevación de miras un tema tan importante para la intelección de la España contemporánea y que, sin embargo, tanto han oscurecido la pasión y el fanatismo.

Como fruto práctico el más granado del krausismo, la Institución, también ha de despertar gran interés este libro en América, en cuya evolución intelectual y política juega a veces destacado papel la filosofía krausista ⁽³⁰⁾ (*).

MANUEL DE RIVACOBIA Y RIVACOBIA

San Martín 1911, Santa Fe

⁽³⁰⁾ Por referirnos sólo, al respecto, a esta parte sur de América, sobre la introducción y desarrollo del krausismo en el Uruguay, en relación también con Chile, cfr. JUAN ANTONIO ODDONE y M. BLANCA PARÍS DE ODDONE, *Historia de la Universidad de Montevideo (La Universidad vieja, 1.849-1.885)*, Montevideo, Publicaciones de la Universidad, 1.963, págs. 205 y 260.

En la Argentina, sobre el arraigo del krausismo en la Universidad de Córdoba hacia 1.860, vide ENRIQUE MARTÍNEZ PAZ, *Tratado de Filosofía del Derecho*, Córdoba (R. A.), Editorial Litvack, 1.946, págs. 201 y 205.

Sobre el krausismo de Irigoyen, más tarde, véase MANUEL GÁLVEZ, *Vida de Hipólito Irigoyen, el hombre del misterio*, 4ª edición, Buenos Aires, Tor, 1.951, passim.

(*) Estas páginas aparecen también en la revista *Cuadernos de Historia de España* que edita la Universidad de Buenos Aires bajo la dirección del maestro don Claudio Sánchez-Albornoz y Mendiúña, XXXIX-XL, 1.964.

Al publicarlas en "*Universidad*", *Publicación de la Universidad Nacional del Litoral*, y estando ya en prensa, nos llega, como última bibliografía sobre el tema y reveladora del interés por el mismo a que nos referimos al principio, esta vez con inspiración marxista, dato también de destacar, el siguiente artículo: *Una institución docente ejemplar en España. La Institución Libre de Enseñanza*, por H. ALMENDROS. (De una conferencia en la Sociedad de Amistad Cubano-Española, 24, mayo, 1.963). En la revista *Universidad de La Habana*, Año XXVII, Núm. 163, Septiembre-Octubre 1.963, págs. 31-51.

UN EXCELENTE REPERTORIO BIBLIOGRAFICO COMERCIAL (*)

Este catálogo comercial registra los libros en venta de todos los editores de habla española del mundo. Se ha redactado teniendo a la vista los catálogos más recientes de aproximadamente 900 editoriales de las veinte repúblicas de las Américas y de España.

“Libros en venta”, aparecido por primera vez en abril del corriente año, es una publicación rigurosamente al día, pues recoge los datos actualizados con referencia a los cuatro últimos meses de 1963.

La preparación de este nutrido repertorio, que comprende más de 87.000 mil libros en español, demandó un año entero y su plan de trabajo representa el esfuerzo de siete años de estudios e investigaciones. Estos enunciados, por sí solos, dan una idea cabal de la magnitud y dificultades de esta extraordinaria empresa editorial. Desde luego, han concurrido a su buen éxito un conjunto de factores que hacen, por una parte, a la competencia técnica de las diversas personas intervinientes y, por otra, el sólido apoyo financiero ofrecido por numerosos editores de prestigio internacional. Bajo este último aspecto, es de justicia destacar el valioso aporte pecuniario de la Alianza para el Progreso, cuyo Centro Regional de Ayuda Técnica, comprendió desde el primer momento el significado cultural trascendente de la iniciativa.

(*) “Libros en venta en hispanoamérica y España”. Un servicio informativo preparado bajo la dirección de Mary C. Turner. New York, R. R. Bowker, 1964. 1891 p. a 2 columnas. Enc. en tela.

La rigurosidad bibliográfica de este vastísimo repertorio de libros está avalada por el crédito profesional de que gozan la directora de la obra, Mary C. Turner, y María Elena Cardona, jefa de catalogación de *Fichero Bibliográfico Hispanoamericano* y bibliotecaria de la Biblioteca Pública de Nueva York, quienes asociadas a otras colegas como Isabel Seijo, Sarah Prakken y la señora Hildegard Kupfer, tuvieron a su cargo la delicada tarea de clasificación de las obras y asesoramiento para todas las cuestiones relacionadas con el empleo de la lengua española.

A tales fines prestó igualmente una colaboración inestimable la Editorial Forest Press del Lake Placid Club, de Nueva York, la cual autorizó el uso de la versión castellana del sistema de clasificación decimal Dewey adoptado para la sección por materias de *Libros en venta*.

Este repertorio se publica principalmente con dos fines inmediatos: dar a conocer a todos los interesados los libros disponibles en el mercado e indicarles la forma de obtención de los mismos. Para ello se consignan los asientos completos y los precios correspondientes a la fecha en que se envió la información. Este hecho justifica, desde luego, que los costos estén sujetos a cambios, de acuerdo con el mayor o menor índice de inflación monetaria de los respectivos países.

El catálogo se divide en tres grandes secciones: 80.000 asientos clasificados en orden alfabético por el nombre de autor y un promedio más o menos equivalente de asientos distribuidos por orden alfabético de títulos y por materias.

De esta manera, el poseedor de *Libros en venta* tendrá convenientemente reunidas en un volumen, las obras anunciadas en los catálogos de todos los editores importantes, clasificadas por autor, título y asunto principal tratado en el libro.

Cabe advertir que no siempre los editores de este repertorio han dispuesto del libro para hacer su descripción y clasificación, circunstancia que explicará más de un error o ausencia.

Ello es inevitable en una labor de este género y de las proporciones inusitadas que reviste este catálogo.

De cualquier modo esta obra habrá de constituir, sin duda alguna, un utilísimo instrumento de trabajo y de consulta tanto para los libreros como para los estudiosos, bibliófilos, bibliógrafos y bibliotecarios, quienes hallarán en la misma una guía segura y orientadora.

DOMINGO BUONOCORE

